BIBLIOTECA AMAUTA
Serie América

PORTALES
pintado por si mismo

ediciones ercilla

TODOS LOS TIEMPOS ||| TODAS LAS CULTURAS

BIBLIOTECA AMAUTA

(Serie América)

Dirigida por Luis Alberto Sánchez

DIEGO PORTALES

PINTADO POR SI MISMO

DIEGO PORTALES
pintado por sí mismo

38069

Prólogo de Luis Alberto Sánchez

Notas tomadas de la edición de Ernesto de la Cruz
y Guillermo Feliú Cruz.

SEGUNDA EDICION

EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1941

Las cartas[1]

(1) El número que precede a la fecha de cada carta corresponde al que tiene en el tantas veces mencionado *Epistolario de Ernesto de la Cruz y Guillermo Feliú Cruz*.

DIEGO PORTALES

I. — ESQUEMA BIOGRAFICO

Diego José Víctor Portales, hijo de don Santiago Portales y doña María Fernández de Palazuelo, nació en 1793 y murió, fusilado por un grupo de rebeldes, el 16 de junio de 1837, en el apogeo de su poder. En tan breve existencia saboreó glorias y derrotas. Discutido en vida, aun no se apaga el debate en torno de su nombre. Hombre pragmático, lo que dejó escrito son los hilvanes de su acción. Por haber sido ésta importante, aquéllos no pueden dejar de serlo. Como tipo que sabía a ciencia cierta lo que buscaba, sus palabras poseen una nitidez impar. Ello lleva a que al ponernos a reseñar su vida, implícitamente estemos reseñando su obra hecha y escrita.

Descendía de antiguas y aristocráticas familias chilenas. Sin embargo, Portales en sus actos parecía a veces empeñado en hacer olvidar tal cosa. En su pensamiento, no la consiguió plenamente. Orgánicamente como

CATALOGACION

aristócrata, sus arrebatos y ademanes no pierden el acento primitivo de confianza en sí y de señorío de quien se sabe firmemente plantado en el mundo. Hasta el último momento, por eso, desdeñó considerar siquiera la posibilidad de una felonía contra él. No porque no pensara que la traición no existe, sino porque se juzgaba capaz de discernirla ahí donde estuviera.

Estudió Humanidades y algo de Derecho, pero le tentó la vida práctica y se empleó como Ensayador de la Casa de Moneda. Casó muy joven con una prima suya. El matrimonio terminó pronto. Como a Bolívar, el amor conyugal se le acabó en seguida por obra de la muerte. El viudo se dirigió al Perú a trabajar y consolarse. Aunque aseguró que jamás volvería a amar a nadie, el voto se le olvidó en las andanzas. Bolívar aseguró algo semejante, pero amó sin tasa. Portales amó con menos boato, y en vigilia.

Pasó en el Perú dos años, precisamente los del caos siguiente a la proclamación de la independencia. (Es de advertir que Portales, como el argentino Juan Manuel de Rosas, vivió durante la guerra emancipadora sin participar en ella.) En Lima, donde ejerció el comercio con José Manuel Cea, aprendió mucho. Vió lucir las pasiones de los políticos y le tentó domeñarlas. De la aristocrática capital peruana traería a su entonces áspero Chile, íntimo menosprecio por los demagogos, desconfianza para con las instituciones republicanas, falta de fe en las constituciones escritas, convicción de que un mando fuerte y único era la sola medida oportuna para enrumbar a las recién nacidas naciones del Nuevo Continente.

No fué una lección positiva, y esa es la ausencia que se advierte en la vida y la obra de Portales. Por desdeñar sin regateos los principios, se dejó llevar nada más que por las circunstancias y una idea: dirigir, pero desde arriba, y

sin consultar al gobernado. Los entusiastas de la dictadura lo toman ahora como emblema; los fervorosos de la democracia, le dirigen saetas, pero ni unos ni otros ubican a Portales en su momento (mundo objetivo) y en su psicología (mundo subjetivo). Hombre de pocos amigos y de muchos informadores y ayudantes, vivió como un conspirador, acechando, pero desde arriba. Cuando le tocó estar abajo no se quejó: filosóficamente, en esto, sí, consideró tales períodos como transitorios, seguro de su fuerza. En el fondo, de puro creer en sí mismo, Portales llevaba dentro de él a un fatalista y a un creyente.

Volvió del Perú a seguir comerciando en Chile. La suerte le había sido esquiva en Perú, lo que también influyó en sus juicios posteriores sobre ese país. Aunque decía no interesarse por la política, sabía que su preocupación del momento, el comercio, no podía desarrollarse sin aquilla. Organismos mal estructurados, dominados por el poder central, en estos países toda actividad estaba condenada a ser absorbida por el poder público, y así vemos que, en agosto de 1824, se formaliza el contrato entre la casa Portales y Compañía y el Fisco sobre monopolio de diez años sobre el tabaco, el té, los licores y los naipes.

Practicando esta actividad aprendió Portales a penetrar en los artilugios de la cosa pública. Tuvo que conseguir socios poderosos para conducir a buen puerto su barca. En 1826, después de no pocos debates y ajetreos, terminó aquel episodio. Portales quedaba con una gran experiencia como su mejor capital.

Chile atraviesa entonces por una febril actividad política. Los golpes de estado, las conspiraciones, los votos de censura, las pugnas doctrinarias y personales dan al escenario un colorido animadísimo. Renuncia el general Freire, que había sido principal motor del ostracismo de

O'Higgins, y sube al poder el vicepresidente, general Francisco Antonio Pinto. Se levantan partidas de bandoleros, entre ellas las de los célebres Pincheira, a quienes vence el general Prieto. Pinto se ve obligado a dimitir. Sobreviene el caos. Las dos facciones antagónicas, liberales y conservadores, se miden en el campo de batalla de Ochagavía, decidiéndose la victoria por los primeros (1829). Freire vuelve a plena actividad. En 1830 el vicepresidente Ovalle, gran amigo de Portales, asume la presidencia. Uno de sus primeros actos es designar como Ministro de Relaciones Exteriores, Interior y Guerra y Marina a don Diego Portales. El Ministro omnímodo comienza a tomar parte directa en el gobierno.

Empero, la guerra civil continuaba. El general Freire, al frente de sus huestes, presenta de nuevo combate. Después de más de cuatro horas de una pelea cruenta, desesperada, las tropas conservadoras vencen a las liberales en Lircay (nombre famoso en la historia de Chile), y Freire emprende la fuga.

Entonces es cuando se revelan el temple y las ideas de Portales. Dueño del gobierno, siendo sólo Ministro, aplica las más severas sanciones contra los perturbadores del orden público. El coronel Viel, que había salvado los restos del ejército de Freire, firmó en Cuzcuz, con el jefe de la división del gobierno, un pacto según el cual desarmaría su división, pero sus jefes y oficiales conservarían su rango. Portales no vaciló en desconocer el pacto de Cuzcuz, desautorizando al general Aldunate, que lo suscribiera.

Para contrarrestar la influencia del ejército, armó cuerpos de guardias cívicos, y él mismo se puso a la cabeza de uno de ellos. Persiguió sañudamente a sus adversarios políticos. Introdujo grandes economías en los gastos. Trató de organizar el Estado a su manera. Hecho lo cual, renun-

ció al ministerio y se retiró a Valparaíso a ocuparse de sus negocios, sin querer aceptar la candidatura a la presidencia de la República, que obtuvo para sí el general Prieto (1831).

No abandonó por eso la política. Sus cartas de 1831-1832 así lo demuestran. Cuando se nombró Ministro del Interior a su amigo Tocornal, Portales recuperó la plenitud de su influencia. En diciembre de 1832, tentado por el poder; al que amaba, aceptó ser gobernador de Valparaíso. Una vez más su nombre anduvo mezclado con rudas represiones, organización de cívicos, negocios y economías.

Luego se alejó de la gobernación y se dedicó a administrar una propiedad rural. Lo cual no lo alejaba de la política, sobre la que influía a través de cartas, recados y amistades.

En 1835 volvió al Ministerio, pero en la cartera de Guerra. A ella agregó, en seguida, la del Interior. Tenía la suma del poder en su mano. En 1836 Prieto fué reelecto. Portales desató su temperamento en forma que provocó más resistencias que nunca.

Ocurrió por entonces que el general Freire armó una expedición de chilenos con buques peruanos para expedicionar desde el Perú hasta Chiloé y Valdivia contra el gobierno de Prieto y de Portales. Coincidía ello con la intervención del presidente boliviano en Perú, a la sombra de una de las facciones en que se dividía el país. Los directores del partido peruano derrotado, refugiados en Chile, fueron considerados atentamente por Portales, que se aprovechó de la coyuntura para desarrollar un juego de doble objetivo: destancia de Chile en el Pacífico, y devolver al gobierno peruano, en idéntica moneda, el apoyo que brindó a Freire: esto es,

decidió apoyar con fuerzas chilenas a los peruanos desterrados en Chile y enemigos del Mariscal Santa Cruz: al mariscal Gamarra, al mariscal Lafuente, a don Felipe Pardo y otros. A fines de 1836 estaba rota la paz entre Perú y Chile. Portales se preocupó activamente de organizar la expedición, cuyo mando confió a Blanco Encalada.

En ello andaba cuando, a mediados de 1837, estando de visita en Quillota, inspeccionando el regimiento Maipo, que mandaba el coronel José Antonio Vidaurre, fué apresado por las tropas. En seguida empezó el ataque contra Valparaíso, donde el general Blanco Encalada se hizo cargo de la jefatura de las huestes leales.

Se desarrollaba el combate en Barón, a la entrada del puerto, cuando Portales, que asistía al encuentro desde un birlocho, donde lo tenían engrillado, fué hecho bajar por orden del teniente Florín, quien comandaba el piquete encargado de su custodia. Y ahí no más, sobre el camino, recibió una descarga, más de bayonetazos que de balas, en lo que participó el propio Florín, con su propia espada.

El motín fué sofocado. La expedición de Blanco Encalada salió, pero firmó el tratado de Paucarpata. Desconocido éste por el gobierno de Chile, como seguramente habría querido Portales, se formó otra expedición, al mando del general Bulnes, con participación ambién de los generales peruanos refugiados en Chile; a ella le cupo deshacer el empeño de Santa Cruz, o sea, destruir la Confederación peruanoboliviana, a la que el Perú entró dividido en dos estados: el del Norte y el del Sur, mientras Bolivia conservaba su integridad.

Portales fué un hombre de apariencia fría, pero apasionado. Severo en la cosa pública, amaba la alegría entre amigos y no desdeñaba tocar él mismo la vihuela

y tamborear el arpa para animar las bulliciosas fiestas que tanto le agradaban No bebía nunca, según dicen. Odiaba los formulismos y convirtió en su ídolo la ley — no siempre escrita — de su voluntad.

II. — PORTALES, ESCRITOR

Los escritores profesionales seguramente se encogerán de hombros al leer este enunciado: Portales, escritor. No lo fué, desde el punto de vista de la perfección técnica, de la vocación; pero, el hombre que redactó centenares de cartas, todas ellas salpicadas de anécdotas sabrosas, de estallidos de su genio y de conceptos que dirigieron a su país durante una década, no puede ser excluído de una galería o colección de los que han usado de la palabra escrita como instrumento para el logro de sus objetivos.

*Valiosísima es, por eso, la tarea de don Ernesto de la Cruz, autor del «*Epistolario de Diego Portales*», completado y anotado después por don Guillermo Feliú Cruz, con la acuciosidad que éste sabe poner en todo lo que hace. Las 600 cartas que ahí se recogen, con notas sagaces, ofrecen un retrato psicológico animado y exacto de lo que fué el alma ardiente de don Diego Portales.*

Se han publicado extractos de dicho Epistolario, precediendo o acompañando estudios de Domingo Melfi y de Hernán Díaz Arrieta (Alone) *(1930). El propósito de esta nueva selección es diverso al de ambos. Se aparta, ante todo, de cualquier prejuicio partidista. No pretende servir, con*

los documentos que reproduce, ni a unos ni a otros. Porque entiende quien esto escribe que la historia, como los hechos, tiene una fuerza ineluctable, que, a veces, puede velarse por cortos períodos, pero que a la larga — y ya han pasado más de cien años desde la época de Portales — acaba por sacudirse de toda sombra y recuperar la claridad que el tiempo contribuye a darle. Se propone, pues, esta edición solamente divulgar las cartas más significativas, utilizando, con anuencia del señor Feliú, el magnífico trabajo de éste y del señor de la Cruz.

Portales fué, repito, un temperamento apasionado, bajo un exterior frío. La contradicción se resuelve en cuanto uno penetra a través de sus cartas. Apasionado, frío y sensual: he aquí términos antagónicos, sin embargo fundidos en ese tipo tan de su tiempo, aun cuando él — y muchos de sus exegetas — se considerara al margen del tumulto contemporáneo.

Sus cartas son, en tal sentido, un retrato incomparable. Sobre todo las Postdatas o «Reservados» de cada una de ellas.

Se inaugura el epistolario con una misiva en que promete, agobiado por el dolor de su reciente viudez, no volver a amar a mujer alguna. Lo cumplió a medias, como — y ello sin premeditación — corresponde a un político militante de su tipo. Amó... y permaneció soltero. De sus amores les habla a sus íntimos, con crudeza, pero lealmente. Los íntimos conservaron las cartas, y la intimidad ha quedado rota para la historia. Mala suerte para él, que era aficionado al secreto; buena para nosotros, que nos hallamos con un material humano de subido valor.

En su correspondencia, Portales no se cuida de disimulos ni carantoñas. A veces estalla con violencia injustificada, como en cierta carta a su amigo Cea (reproducida

aquí), pero, en seguida, se da cuenta del exceso y lo repara sin gazmoñerías ni engolosinamientos, con una especie de cortesía campera, brusca, de mal humor, pero franca.

Las cartas mezclan asuntos políticos a temas de negocios. Se le ve constantemente preocupado de éstos, sin menoscabo de aquéllos. Es un hombre pragmático, que conoce el valor de los números, y que, al par, sabe reducir a guarismos el valor de los hombres. Sin embargo de lo cual se equivoca al juzgar a Vidaurre: en varios pasajes lo recomienda como servidor fiel, mas acabó en sus manos.

Portales tiene la expresión viva de quien no se cura de publicidades. Lo que escribe es para que lo sepa sólo el destinatario, y cuando lo hace pensando en el público, apela al anónimo. No pocas veces, a lo largo del Epistolario, *encontramos recomendaciones para que se lance a un periódico determinada denuncia, firmada con pseudónimo, o para que otro redacte lo que él piensa, pero que no le conviene dar como propio.*

No hay giros elegantes en toda esa prosa apresurada. Mas tampoco hay tartufería ni recovecos. Si desdeña cuidarse de la belleza, en cambio le obsesiona el ser bien entendido. Sus corresponsales aprenden a conocer su pensamiento y su estado de ánimo, sus reacciones presentes y futuras. Con desenfado de clásico, usa interjecciones groseras, lo que en Chile se llama «garabatos» y en Perú «lisuras», tanto al dirigirse a éste como a aquél de sus amigos. Cuando se frena un poco, como en las cartas a Blanco Encalada, la contención se refiere sólo a la frase, no al concepto, desembarazado de por sí.

Detesta el circunloquio. Va derecho a lo que quiere. De vez en vez se digna hablar de cuestiones sentimentales — como sobre Constanza Nordenflicht y los hijos que en ella hubo —, pero lo envuelve en cierta bronquedad que se

se buscada. En ello, sí, Portales se disfraza, porque no le gusta que le supongan debilidad alguna.

Esta manera de decir de Portales no permanece, a pesar de su falta de interés por la literatura, ajena a ésta. Los escritores suelen ser, por desgracia, un poco cortesanos del poder, de la gloria, del éxito. En Chile, según advierten Keyserling, Joaquín Edwards Bello y otros, se ha rendido a menudo culto a la aspereza en el decir. Algunos de sus escritores, como Jotabeche, casi contemporáneo de Portales, ostentan esa característica. ¿No será que la fama de brusco del dictador influyera en ello? Varios lustros más tarde, la predilección de otro destacado conductor político, por la frase gráfica pero salaz, hizo también época e influyó entre sus partidarios y los que no lo eran. La presencia de Sarmiento, que aprendió la rotundidad expresiva en su genio y en sus tiempos de despachero y trabajador de minas norteño, puede también haber influido en aquello. Con todo, ni Lastarria ni Bilbao ni Sanfuentes se dejaron coger por tal tendencia. Pero ni Lastarria ni Bilbao fueron adictos ni simpatizantes remotos de Portales y lo que de él derivaba.

Lo anterior es, apenas, una hipótesis: tiene la flaqueza de todas las hipótesis; también su fuerza.

De todos modos, esto solo ya justificaría la necesidad de estudiar el lenguaje de Portales en relación con los escritores de su tiempo y su órbita mental. Por otra parte, su influencia predominante durante una etapa destacada de la historia chilena, llena de conexiones sudamericanas, atrae sobre sus palabras y sobre su figura interés considerable.

Así, las cartas sobre la guerra contra la Confederación peruanoboliviana, lejos de despertar rencores, pueden servir para apaciguarlos. Se ve que la expedición que partió de Valparaíso no estaba dirigida contra el Perú como nación, sino que había algunos y muy principales peruanos que

cooperaban con el propósito de Portales de deshacer la alianza encabezada por el general boliviano Santa Cruz.

La guerra de entonces no fué una pugna entre dos naciones, sino entre dos concepciones de la política en el Pacífico, cosa que entrevió — más que vió — el propio Portales.

Las cartas al mariscal Gamarra, ex presidente de la República Peruana, al Mariscal Lafuente, también ex presidente del Perú, ambos partícipes en la expedición contra Santa Cruz y sus otros aliados peruanos, demuestran a las claras algo que las historias elaboradas después, con prejuicios y propósitos no siempre de coordinación y entendimiento, han pasado de soslayo. Por eso, sirven para restar, en vez de desunir.

Estudiado a la luz de las ideas, el Epistolario de Portales descubre su finalidad fundamental: construir desde el poder, desatendiendo objeciones principistas, por las que profesaba inocultable desprecio.

Hay en las páginas siguientes, comentarios al respecto que excusan toda otra ampliación.

III. — ESTA EDICION

Las cartas que aquí aparecen han sido sacadas del «Epistolario de don Diego Portales. Recopilación y notas de Ernesto de la Cruz. Con un prólogo y nuevas cartas recopiladas y anotadas por Guillermo Feliú Cruz. Edición impresa por acuerdo del Ministerio de Justicia con ocasión del centenario de la muerte de Portales», Santiago de Chile, 1937-38, tres volúmenes.

cooperaban con el propósito de Portales de deshacer la alianza encabezada por el general boliviano Santa Cruz.

La guerra de entonces no fué una pugna entre dos naciones, sino entre dos concepciones de la política en el Pacífico, cosa que entrevió — más que vió — el propio Portales.

Las cartas al mariscal Gamarra, ex presidente de la República Peruana, al Mariscal Lafuente, también ex presidente del Perú, ambos partícipes en la expedición contra Santa Cruz y sus otros aliados peruanos, demuestran a las claras algo que las historias elaboradas después, con prejuicios y propósitos no siempre de coordinación y entendimiento, han pasado de soslayo. Por eso, sirven para reatar, en vez de desunir.

Estudiado a la luz de las ideas, el Epistolario de Portales *descubre su finalidad fundamental: construir desde el poder, desatendiendo objeciones principistas, por las que profesaba inocultable desprecio.*

Hay en las páginas siguientes, comentarios al respecto que excusan toda otra ampliación.

III. — ESTA EDICION

Las cartas que aquí aparecen han sido sacadas del «Epistolario de don Diego Portales. Recopilación y notas de Ernesto de la Cruz. Con un prólogo y nuevas cartas recopiladas y anotadas por Guillermo Feliú Cruz. Edición impresa por acuerdo del Ministerio de Justicia con ocasión del centenario de la muerte de Portales». *Santiago de Chile, 1937-38, tres volúmenes.*

De las casi seiscientas (595) cartas que constituyen dicho Epistolario, hemos tomado el puñado que forma esta colección.

El criterio para seleccionarlas ha sido el siguiente: trascribir las que se refieren al genio de Portales; las que hablan de su criterio sobre la política interna o sistema de gobierno; algunas sobre negocios para presentar al hombre práctico; y, por fin, las que se refieren a la Confederación peruanoboliviana que señalan su pensamiento acerca de la política internacional de Chile.

No hemos querido extractar frases a sladas de cada carta, pues este libro no trata de ser un ideario. Preferimos dar la epístola en su integridad, para que se conozca el mecanismo psicológico de Portales y la multiplicidad de temas que cada una de ellas abarca.

Hemos incluído las notas de los señores de la Cruz y Feliú Cruz, con las iniciales de éste las que le corresponden, a veces sin iniciales las del primero y con las letras N. E. las que hemos creído indispensable agregar por nuestra parte. Los números que aparecen ante cada carta son los que corresponden a la mencionada edición.

IV.— PEQUEÑA INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Hay una cantidad enorme de libros y folletos sobre Portales, los unos desde un punto de vista histórico, los otros desde un punto de vista político, y ambos con criterio disper-

Nos permitimos recomendar al que quiera informarse con mayor detenimiento acerca del singular ministro chileno, que lea:

Portales, por Francisco A. Encina, 2 volúmenes, Santiago, 1934.

Epistolario de Don Diego Portales, recopilación de Ernesto de la Cruz con adiciones de Guillermo Feliú Cruz, 3 volúmenes, Santiago, 1937-38.

D. Diego Portales, (biografía novelada) por Magdalena Petit, Santiago, 1938.

D. Diego Portales, por Benjamín Vicuña Mackenna, 2 vols. Valparaíso, 1863.

Portales, por Ramón Sotomayor Valdés, incluso en el 1er. tomo del *Epistolario*.

Historia social de Chile, Santiago, por Domingo Amunátegui Solar.

El Advenimiento de Portales, por Aurelio Díaz Meza, Santiago, 1934.

L A S.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

INDICE

	Pág.
Diego Portales, por L. A. S.	9
I.—Esquema biográfico	9
II.—Portales, escritor	15
III.—Esta edición	19
IV.—Pequeña información bibliográfica	20

CARTAS

Sobre Portales y el amor	22
Sobre la Doctrina Monroe	25
Los impromptus de Portales	27
Otra nota sobre Portales y el amor	30
Contra el Gobierno basado en el apoyo popular	32
Sobre el Liceo de Chile y otro impromptu de Portales	34
Sobre don José Joaquín de Mora	40
Sobre el carácter de Portales	44
Sobre negocios: el cabotaje	45
Las «reservas» de Portales	49
«La Patria no puede exigirme sacrificios estériles»	52
Marchamos a nuestra perdición: aliente la oposición de las Cámaras	57
Amante, soltero y padre de familia	61
«No espero que nadie me dé conveniencia»	64
Sobre «El peso de la noche»	68
Renuncia al Ministerio de Guerra	72
«Anónimos» de Portales y algo sobre versos	76
Sobre elección de Obispos	81

	Página
Sobre ázúcares peruanos	85
No quiere ser General; y algo más sobre comercio marítimo y el Perú	91
Sobre la ejecución del capitán Paddock	99
«Los hombres honrados y los que no lo son»	102
«Obrar decididamente»	104
En trato con los desterrados peruanos y contra Santa Cruz.	106
Chile frente a la Confederación peruano-boliviana	108
Preparativos marítimos para la expedición	111
Más preparativos	113
Sobre los consejos de don Andrés Bello	115
Tratos con los «patriotas peruanos»	117
Comunica a Gamarra la iniciación de hostilidades	118
Confirma la anterior	119
Planes estratégicos contra la Confederación	120
En vísperas del asesinato: afrontando al destino	122
La última carta: rumbo a la muerte	123